

Una buena hija...



L sol se levantaba majestuosamente sobre los picos de Montalbán. El soplo acariciante de la brisa mañanera parecía invitarnos a abandonar la habitación para disfrutar de las dulzuras de un amanecer primaveral, dando algunas vueltas por la playa o, cuando menos, muellemente arrellanados en alguna mecedora de la azotea para oxigenar la sangre respirando a todo pulmón.

Al tiempo que me preparaba a responder a esa invitación gentil de la naturaleza, llegaron a mis oídos palabras proferidas con voz descompuesta, que no era sino de mi hermana Fernandita, la cual tenía sin duda algún repique con mamá sobre cualquiera de las mil pequeñeces de la vida del hogar. La frecuencia de tales lances suele quitarles toda importancia, y ninguna dí yo a aquel repelo doméstico, seguro de verlo terminar con el consabido besito de paz.

Pero no había hecho sino colocarme a tiro de la ducha, cuando de nuevo percibí la misma vocecilla, timbrada, metálica y en tan elevado diapason que no pude menos de estremecerme, porque de muchos años acá no se escuchaba en mi casa salida de tono igual. Me apresuré a acabar mis atenciones personales para acudir al campo de la refriega, por si mi presencia y actuación pudieran contribuir a deshacer aquella tempestad tempranera.

La escena tenía lugar en el cuarto de Fernandita a donde había acudido mamá con el decidido propósito de hallar la solución de un problema que le traía harto preocupada de tiempo atrás. Mi hermana acababa de cumplir veintitres años, consagrados casi por entero a la vida de las aulas en las que había sobresalido de modo excepcional.

El difunto papá, natural de Valladolid, tuvo gran interés en amaestrarla en el castellano, y lo manejaba con sorprendente perfección. Cuando le oían hablar inglés, nadie sospechaba su nacionalidad. Sus premios en matemáticas y ciencias naturales eran legión. Quisieron pensionarla para los Estados Unidos y se negó a aceptar. Sentada al piano y ejecutando a los grandes maestros era una notabilidad. Con tales prendas y ser a mayor abundamiento una de las muchachas más bellas de nuestra sociedad, está de más decir que sentaban plaza de pretendientes cuantos jóvenes le llegaban a tratar.

Entre ellos había un preferido de mamá.

Herederero único de una de las fortunas más saneadas de esta capital, de espléndida estatura, de rostro que fuera muy hermoso a no estar algo abotargado, llevando siempre a cuestras los últimos retoques de la moda masculina, derrochando el dinero con el desprendimiento de quien nunca lo supo ganar y chapurreando el inglés, creíase con méritos suficientes para ganar la mano de Fernandita y aun por ventura se imaginaba hacerle un favor con sus muestras de predilección.

Mi hermana sentía una invencible antipatía por él y a mamá le había entrado el mozalbillo por el ojo derecho. No poseía otros conocimientos sino los rudimentarios de la escuela primaria, aun conservaba en la lectura el tonillo monótono de los principiantes y su letra daba ganas de echar a correr. Su ilustración se limitaba a los altibajos del precio del abacá, a algunas vulgaridades de política y un puñado de chistes de Gedeón, con lo cual puede adivinar el menos lince cuánta habría de ser la amenidad de su conversación. Así y todo, mamá se bañaba en agua de rosas ante la perspectiva de aquel yerno ideal y la pobre Fernandita se daba a los demonios a la sola idea de semejante posibilidad.

De más está decir que cuando de intento o al azar se hablaba de aquel hermoso animal, cuyas dotes no se cansaba de ensalzar nuestra mamá, salía yo siempre a la defensa de mi hermana, la cual no me lo dejaba de agradecer aquel apoyo incondicional y desinteresado, tomando en tales coyunturas la actitud pasiva e indiferente de quien oye llover. Se figuraba ella que mis argumentos alcanzarían mayor eficacia en el ánimo decidido de mamá. Y ésta, a su vez, tomó por táctica aprovechar mi ausencia del corro para luchar a solas con Fernandita, creyendo de esta suerte más seguro el triunfo final.

La madrugada de marras se sentía mi hermana algo indispuesta. Mamá entró en su habitación para hacerle compañía y, con esa flexibilidad felina que tan en alto grado poseen las mujeres en el arte de llevar el agua a su molino, sacó al cabo a colación el tema espinoso del porvenir, y la conveniencia de no dejar las cosas para más tarde, y de las ventajas de saber aprovechar las oportunidades, y de la tontería de soñar en la llegada de príncipes novelescos y de la envidiable coyuntura que se le presentaba a Fernandita con el pretendiente de relumbrón.

Cuando yo las sorprendí acababa de pro-nunciar mi hermana esta rotunda negativa

que la oí desde el corredor, mientras me encaminaba a la habitación:

—No te empeñes, mamá. Prefiero mil veces cargar con la pesada cruz de solterona, antes que casarme con ese adoquín.

—Y nadie te puede obligar a ello, Fernandita, intervine yo con sorpresa de las dos.

—Me alegro que vengas, Antonio, porque es necesario acabar con este pleito de una vez. Mamá se empeña...

—Y tú te obstinas...

—Y Fernandita tiene razón, le interrumpí yo con sequedad.

Mamá se mordió indudablemente los labios, porque se encerró en un silencio calculado, siendo así que de ordinario no sufría ancas en asuntos de gobierno doméstico y éste parecía ser para ella el más importante a la sazón. Juzgué muy adecuada la ocasión que sin buscarla se me venía a la mano y pues Fernandita había puesto en mí toda su confianza, me decidí a poner las cosas en claro y terminar, como ella misma deseaba, de una vez.

—Debes saber, mamá, por propia experiencia, comencé por decir, que no pueden decidirse merced a imposición ajena las elecciones del corazón. Teodoro no es el marido que conviene a Fernandita.

—Tú dirás por qué, opuso mamá con la viveza del gatito a quien pisaran el rabo.

—Primero, porque tiene muy distinta educación.

—Con semejante vara de medir pocos matrimonios se podrían realizar.

—Así salen los más, y por eso son tan escasos los cónyuges bien avenidos. Segundo, porque Teodoro es un joven sin carrera y hasta carece de la cultura indispensable en sociedad.

—No sé para qué hace falta talento ni títulos académicos cuando se posee gran capital.

—Mira, mamá, un tonto a nadie puede hacer feliz y el dinero en manos de un budaque suele consumirse con rapidez. Tercero, porque se precia de Librepensador.

—Esa es una flaqueza de la juventud. Todos dicen lo mismo, pero no sienten así.

—Pues si lo afirma sin sentirlo, es un hipócrita y un cobarde, lo cual es algo muy repugnante en el varón. Y si siente lo que asegura, no debes tú aspirar a llamarle hijo jamás. Por mi parte, nunca toleraré que coma habitualmente en mi mesa un hombre que no cree en Dios.

—Correría por cuenta de Fernandita imbuirle en las enseñanzas y prácticas de la religión.

—Lo que no se mama... Y ten enten-

dido que todo lo dicho es sentir de tu hija, la cual me tenía comisionado para hacértelo saber cuando llegara la oportunidad. Al veros tan excitadas a ambas me ha parecido que de hoy no debía pasar. Mamá, deja que Fernandita decida de su suerte con libertad. Y entretanto puedes vivir tranquila, porque me ha asegurado que no dará paso de tanta trascendencia sin antes obtener tu aprobación.

—En una buena hija, eso constituye un deber.

—Mamá, perdona que te lo diga, pero una buena madre, como siempre lo fuiste tú, debe corresponder a esa obligación de las hijas, respetando en punto tan capital la elección de su voluntad. Te oí decir mil veces que Fernandita ha sido en toda coyuntura un modelo de docilidad. Deja que ella escoja a quien ha de ser su compañero inseparable en la carrera de la vida. Te juro que no lo hará sin primero haber obtenido tu consentimiento.

Once meses más tarde se vestía de gala la preciosa iglesia de san Marcelino para contribuir a la felicidad de Fernandita que unía su suerte a la de Antonio X. uno de los jóvenes más apetecidos de nuestra sociedad, hijo único de una de las firmas comerciales más acreditadas de Manila, graduado de Abogado en la Universidad de Santo Tomás, con un año de práctica en uno de los mejores bufetes de Nueva York y, en opinión de cuantos le conocían, modelo de religiosidad y de exquisita educación.

Después de haber terminado la ceremonia religiosa, acercóse Fernandita a su mamá y mientras le daba uno de esos abrazos que sólo las buenas hijas saben dar a las madres que únicamente consagraron su existencia a labrar el cristiano y tranquilo porvenir de sus vástagos, musitó a sus oídos esta preguntita, no porque desconociere la respuesta, sino por volverla a escuchar para colmo de dicha en la solemnidad imponente de aquel momento de emoción:

—¿Estás contenta de mí, mamá?

—Eres un ágel, contestóle ella, eres un ángel y los ángeles sólo cruzan la tierra para dejar a su paso un reguero de felicidad. Yo te la debo a tí.

—Se la debemos a Dios, añadió Fernandita en el momento de separarse de su madre para dar el brazo a Antonio y cruzar loca de satisfacción la distancia que separa la puerta del templo de las gradas del altar, donde acababa de hacer un juramento de eterno amor.

JOSECHU.